

PICARESCA Y CANTARES

DE LA COSTA ATLÁNTICA

CUENTOS Y NARRACIONES
CANTARES DE VAQUERÍA

William R. Fadul Vergara

Primera edición:
septiembre de 1995.

Carátula: Diseño gráfico:
Alberto Sierra M.
Copia Xerox de fotografía de El Colombiano
"Panorama Gráfico", 1985.

Impreso y hecho en Colombia por Editorial Lealon, Medellín.
Medellín, 1995

Edición digital
Famec Editores
2015, Bogotá

Derechos reservados.

CONTENIDO

Introducción	4
Cuentos y Narraciones	
Las maldades de Macabé	8
Tesoro más apicardado	12
¡No joda, Negro!	15
El cuentero de Mompós	19
El juego del Macondo	23
Divorcio enculebrao	27
Eso tan blanco...	32
El problema de la niña Rebe	35
Sancocho de perro	39
El abuelo de Macabé	42
Cantares de Vaquería	
Refranes del camino	6
De la Política	10
Del Amor y de la Mujer	13
Por qué canto	17
Volantonas sueltas	21
Satíricas y de Culebras	25
Nostalgia del bien perdido	30
Del amor y de los ojos	33
El desdén	37
Picaresca de amor	40

INTRODUCCIÓN

A muchos nos preocupa que se pierdan los valores vernáculos, arrasados por el desarrollo, la educación formal y —en el caso que nos ocupa— la violencia y el urbanismo, todo ello forzado muchas veces por la inseguridad en el campo.

Eso es lo que pasa en la Costa Atlántica colombiana. Sus cuentos socarrones y los cantos espontáneos de los vaqueros, en sus jornadas arreando el ganado por las dehesas y sabanas, son parte de la sociología de esas tierras cuyas gentes han sido consuetudinariamente buenas, como el agua pura.

Este libro contiene versos sabios de los vaqueros —tradición oral— recogidos por el profesor Jaime Exbrayat, quien los oyó, escribió y publicó por allá en 1959, en su obra "Cantares de Vaquería". Los textos originales de dicha obra, que se han tomado para reproducirlos en este opúsculo, han sido integralmente respetados. Sólo se han hecho adaptaciones de puntuación y de uso de las mayúsculas, para ponerlos a tono con la época actual. El trabajo del profesor Exbrayat merece el reconocimiento que, con gusto y entusiasmo, le hacemos aquí.

Los cuentos y las narraciones, garrapateados por el autor, —puestos en el lenguaje citadino de hoy— son versiones de los aconteceres y anécdotas de la región, que van de boca en boca, con esa facilidad para decirlo todo que tienen los costeños del Caribe colombiano. Se trata de hechos y de manifestaciones vernáculos, llenos de ingenuidad, elementales y auténticos.

Algunos de estos escritos fueron publicados en el diario El Tiempo entre 1969 y 1970. Otros, que ya estaban pergeñados, andaban por ahí, como alma en pena, buscando cumplir con su razón de ser: recoger algo de la tradición de cuentos picantes y versos andariegos de la zona.

Agradezco, muy de veras, a los amigos que leyeron los borradores de esta compilación, quienes me animaron luego a buscar un patrocinador que resultó ser la Compañía Suramericana de Seguros. Nicanor Restrepo Santamaría, su Presidente, saboreó con deleite la picaresca, los cantares y la fantasmagoría primaria de sus relatos, porque su temperamento de paisa emprendedor lo ha llevado por los reductos del Caribe, con entusiasmo y comprensión por los

valores auténticos de esas tierras. Algo similar sucedió con Juan Sebastián Betancur y con Beatriz Barrera, cuyo apoyo fue definitivo.

Los censores que escogí —amigos queridos y sinceros— fueron también dos antioqueños raizales y cultos: Belisario Betancur y Jaime Sanín Echeverri. Ambos aprobaron mi osadía de editar esta obrita y fueron amables en su opinión. Sobre este escrito Belisario dijo que "lo más fascinante han sido sus relatos-cuentos: qué imaginación, qué capacidad de percepción. ¡Y qué gran estilo!". Para Jaime "además de bien escrito, divierte al lector, que no es cosa fácil. ¡Adelante!", ordenó con firmeza y autoridad de viejo interlocutor y, a veces, de duro contradictor.

Carlos Obregón, ducho en las artes del idioma, con generosidad y paciencia, revisó todo, hasta la costeñidad de los vocablos. Marida Villamizar y Fanny de Avila pusieron su voluntad y profesionalismo al servicio de esta misión de rescate de un pedacito de la imaginación y la autenticidad de los costeños colombianos.

Dedico este esfuerzo a mi familia, a mis contertulios, a los amigos que he tenido en la Costa Atlántica, algunos de ellos personajes reales de las historias que aquí se narran y, lógicamente, a los tantos "costeñólogos" que pululan hoy por hoy en toda Colombia.

El Autor

Santafé de Bogotá, D.C., mayo de 1995

REFRANES DEL CAMINO

Son a veces los amigos
como la hoja del piñón:
por delante buena cara,
por detrás, murmuración.

Nunca engordes puerco chico,
todo se le va en comé;
no le hagas favor a un rico
que no lo ha de agradecé.

Juega el uno, juega el dos,
juega la sota de espada:
la mujer que es señorita
se conoce en la mirada.

Dicen que el ají maduro
pica más que la pimienta;
más pica una mala lengua
que todo lo malo cuenta.

Quise primero a una negra
y después quise a una blanca;
en siendo la tierra buena
la misma yuca se arranca.

Para los amantes viejos
no hay posada en mi casa;
que vuelven a encenderse
carbones que fueron brasa.

La candela en la sabana
si la soplan echa brasa;
la mujer como la bestia,
hoy se busca por la raza.

No hay quién ayude al caído,
no hay quién la mano le dé;
cuando lo ven en el suelo
le dan pero un puntapié.

La pobreza es una mancha
que a todos nos oscurece;
al pobre aunque sea noble
no lo ven cual se merece.

La experiencia cuesta plata,
a mí mucho me costó;
el que la quiere tené
que la compre como yo.

LAS MALDADES DE MACABÉ

Enclavada en el interior del Departamento de Córdoba, en el corazón del fértil y hermoso valle del Río Sinú, se encuentra Zenuté, rica población ganadera y algodonera, que se agita durante las épocas de recolección de la blanca fibra y entra luego en pacífica y térmica calma, para el resto del año.

José Macabé, sastre de pantalones de dril, profesión que desapareció melancólicamente bajo el arrollador impulso de los fabricantes de ropa hecha, había nacido en Zenuté, hace ya no se sabe cuántos años ni casi en qué siglo, porque hay quienes aseguran que fue en esta centuria del viaje a la luna y otros que juran y re juran que José vino al mundo cuando moría el siglo pasado.

En las horas de intenso calor Macabé piensa en sus travesuras y se ríe, a solas, de sus maldades; de sus buenos tiempos cuando ganaba apuestas, asustaba a sus amigos y le jugaba malas pasadas al diablo.

Dicen que una vez apostó un bulto de ron blanco, mientras bailaba en un fandango. Macabé afirmaba que haría pelear con alguien a su amigo don Pedro Cuadrado. El contrincante, sabedor del pacifismo de don Pedro, hombre de gran señorío, apostó y perdió, porque Macabé buscó la forma de que éste, Cuadrado, fuese presentado a un joven de apellido Redondo. Cuando don Pedro hizo su propia presentación, en un estilo estirado y poco usual en la región, dijo: "Cuadrado, ¡a sus órdenes!". El joven de marras le respondió: "Redondo, ¡su servidor!".

Como bien lo esperaba Macabé, ambos se sintieron burlados al tiempo y se armó la gresca.

Cuentan que en otra oportunidad Macabé habló con el diablo y negoció con él una fuerte suma de dinero a cambio de unos informes y unos papeles que dizque comprometían la buena reputación del sacristán de Zenuté. Le puso una cita a Lucifer a las nueve y media de la noche, en el camino de Manguelito, pero previamente convino un plan de acción con el párroco, que era buen amigo de José. A la hora establecida, el diablo se apareció echando candela, con su fuerte olor a azufre, y Macabé le gritó, en medio de sonoras carcajadas: "te la hice, diablo pendejo".

En ese mismo momento el párroco lo rociaba con agua bendita y el demonio corría despavorido.

Las malas lenguas dicen que Macabé, por malo que es, no tiene cielo para dónde irse ni infierno tampoco, porque Dios no le perdona sus maldades y el diablo no lo recibe en su morada de candela y perversión.

El Tiempo, julio, 1969

DE LA POLÍTICA

Del pueblo se ven las casas
el camino la embocá;
qué bonito se ve un negro
con camisa colorá.

La política en provincia
es un barro endurecido;
los ricos entran y salen,
los pobres quedan metidos.

Ya viene la luna hermosa
alumbrando pajonales;
donde nacieron los burros
nacieron los liberales.

Ya viene la luna hermosa
alumbrando los potreros,
donde nacieron los burros
nacieron los conserveros.

Arriba de aquel cerrito
canta y chifla un cardenal:
¡Fo! que me hiede a diablo
cuando pasa un liberal.

Ahora me voy pa' arriba,
me llevo mis cinco ríales
y en lo alto pego un grito:
¡Que vivan los liberales!

Ahora me voy pa' arriba,
me llevo mis cinco cóndores
y en el alto pego un grito:
¡Que vivan los conservadores!

Si acaso yo me muriera,
déjenme lanza y morral
por si acaso en la otra vida
hubiese algún liberal.

Arriba de la cañada
se juntaron los dos bobos
y pa' celebrar la fiesta
bailaron todos los godos.

Azul es el firmamento
que Dios hizo pa' los godos
colorao es el infierno
que Dios hizo pa' los rojos.

TESORERO MÁS *APICARDADO*

Está haciendo calor. Mucho calor. Los políticos de Bogotá llegaron a la esquina de la plaza y entraron al salón de billar. Al "Palacio de los Garzones".

En un rincón del local, acompañado de otros dos, los espera el líder local de Zenuté. Un moreno de 1.70; ojos negros, azabaches; cabello duro, ensortijado, por eso le dicen "pelo *apretao*"; guayabera fina, traída de Panamá; zapatos blancos con medias blancas; sombrero de jipijapa, de ala grande. Se llama Pedro Alcatraz y lo llaman el *cancamán*.

Se sientan todos a la mesa. Después de un rato de evasiones y de pullas que van y vienen entre los mandones de la capital y los costeños, que son los del pueblo, entra el tema de marras. La elección del Tesorero Municipal.

El jefe, venido del interior, distante, propone como candidato a don Manuel Pérez Macabé, primo de José, hombre distinguido y honesto, ordenado y disciplinado, discreto y recto. Sumiso, como perro noble, a los mandatos del partido que son los que disponen los cachacos.

El *cancamán* asimila el golpe que con esa candidatura le da el jefe bogotano. Rebusca en su mente ágil argumentos buenos para "ripostar" el ataque. Mira al gran gamonal y le dice, pensativo:

—Ese hombre, don Manuel Pérez Macabé, es bueno para Notario o para Secretario, pero no para Tesorero. Acuérdense cómo son las campañas electorales por estas tierras.

Luego, fresco y desparpajado, agregó:

—Mejor busquemos un copartidario que pague fácil; uno que sea como los suyos del interior, un poco más *apicardado*.

DEL AMOR Y DE LA MUJER

La mujer pa' ser bonita
tres cosas debe tener:
buena cara, buenas piernas,
buena cadera también.

La panela pa' ser buena
debe ser bien melcochá;
la mujer pa' ser bonita
debe ser alta y delgá.

La mujer es como el niño
que se enoja y bota el pan;
si le tratan con cariño
vuelve y coge si le dan.

El amor es como el piojo
en cabeza de mujé;
si no le rasca y más rasca
no sabe lo que es queré.

El amor de las mujeres
es como el de las gallinas;
en faltándoles el gallo
a cualquier pollo se arriman.

La piedra que mucho rueda
no sirve para cimientó;
la mujer cuando es coqueta
no sirve pa' casamiento.

La mujer en el amor
se parece al acordeón;
si se le aprieta la boca
se le afloja el diapasón.

Cuidado con las mujeres
que son como el alacrán;
cuando ven al hombre pobre
alzan la cola y se van.

En la vida de los hombres
se atraviesan las mujeres;
y aprisionan corazones
con engaños de alfileres.

La mujer que a los cuarenta
no se ha podido casar
que Dios la saque de penas
y la lleve a descansar.

¡NO JODA, NEGRO!

El negro Espriella, Juan de la Cruz era su nombre de pila, tenía como profesión la de telegrafista. Cuando aún era un mozalbete había aprendido el código de Morse, el de rayas, puntos y rayas nuevamente. Hombre serio, de pocas palabras y de inmensa discreción. Se enteraba de lo que pasaba en el pueblo al recibir y transmitir mensajes. Pero esa información caía en un hueco negro, como dicen ahora los sociólogos y los economistas. Nunca comentaba nada con nadie, ni con su mujer, con quien había procreado cinco hijos. Cuatro que ya estaban grandecitos y el quinto, el recién nacido, cuyas características esclavas motivan esta historia.

Como es de esperarse, por ser como era, Juan de la Cruz no se sabía los chismes de odios y amores en el pueblo. Ni mucho menos los que le afectaban a él directamente.

El campanario de la iglesia de Zenuté dio la media —la de las cuatro de la mañana— con un sonoro tañer de campana fina. Esta vez el sonido insondable del buen bronce parecía penetrar con más fuerza la espesura del amanecer. Las señoras que venían para la misa de cinco vieron a Espriella, al mismísimo negro Juan de la Cruz, recostado contra un palo de matarratón que emergía del redondel del parque ubicado, como en todos los pueblos de la región, a la entrada del templo.

—¡No joda! —gemía Espriella.

Su voz era más profunda y más sonora que el canto sacro de las campanas. Era honda como la de sus antepasados del África negra.

—¡No joda! —repetía seguidamente Juan de la Cruz, con cara de dolor y expresión negra de sorpresa blanca.

Las señoras entraron presurosas a la iglesia y le dijeron al cura que el negro Espriella, el telegrafista, estaba ahí afuera, cerca al atrio, como poseído por el diablo, quien le hacía decir una extraña grosería, siempre la misma.

"Cosa rara en un hombre tan decente", afirmaban las devotas al pasar frente a Juan de la Cruz.

El pastor, presto y preocupado por tan singular relato, le pidió al acólito, quien hacía las veces de monaguillo, que investigara los hechos.

—¡No joda! —exclamó nuevamente con igual deo el negro Espriella cuando atisbó al monaguillo, quien corrió espantado a contarle al presbítero lo que había visto y oído.

—No hay nada más que hacer —expresó sentencioso el sacerdote—. Dígale a Juan de la Cruz que entre aquí, a la sacristía. —Así fue. El representante de Dios, enfrentado ahora al negro telegrafista, le oyó decir con voz profunda, irreverente, sin respeto al Señor ni a su pastor:

—¡No joda, padre!

—Hijo mío —dijo el cura—, ten en cuenta que estás en la casa de Dios y que aquí no puedes hablar así. Dime, qué te pasa con el diablo; es que acaso, después de viejo, el pecado se ha entrado perversamente en tu alma buena y blanca, porque así es la tuya, alba como la vestimenta de los sacerdotes.

El párroco hablaba siempre así, con prosopopeya, con verbo y poesía fácil y barata.

—¡No joda, padre! —repitió Juan de la Cruz—. Imagínese lo que me pasa. He tenido cuatro hijos negros, reteños como mi mujé y como yo. Mi *pae* y mi *mae* negros; usté lo sabe. Mis suegros también negros. Pero anoche —¡no joda, padre!— me nació un muchachito blanco y de ojos azules.

El clérigo, oriundo de Antioquia pero asimilado al terruño del río Sinú, agachó la cabeza y en actitud de consolación y gran comprensión cristiana, no dijo —como era de esperarse— "Eh, Ave María". En cambio, miró al telegrafista, uno de sus siervos predilectos, a ese que estaba ahí, a Juan de la Cruz Espriella, y exclamó:

—¡No joda, negro!

¿POR QUÉ CANTO?

El cantar duerme las penas
y también hace soñar;
si no canto y si no sueño
las penas me han de matar.

Canta lengua y no te aturdas,
mira que te coge el día;
los gallos que ya cantaban
y yo que me despedía.

La pregunta del amigo
me ha dejado muy confuso:
¿Que qué pelos tiene un gato?
Los mismos que Dios le puso.

Quién es ese cantó
que me llama a piquería,
pa' clavarle cuatro flechas
que lo pongan a berriá.

Si yo fuera cantaor
cantara tus maravillas;
y subiera por estrellas
a traerte la que más brilla.

Yo no soy de por aquí
vengo de Barquisimeto;
nadie se meta conmigo
que yo con nadie me meto.

¿Quién es ese cantaó
que canta más que Pilato?
ora quiero que me diga
los pelos que tiene un gato.

Yo no canto en este pueblo
voy a cantar a Lorica;
donde manda el padre Lugo,
donde el que no muerde pica.

Debes tomarte unos tragos
si quieres cantar conmigo;
que en el trago y la piquería
se conoce al buen amigo.

Yo no canto porque sí
ni yo canto porque no;
quien me busca piquería
ha de cantar como yo.

EL CUENTERO DE MOMPÓS

La burguesía, fenómeno social y económico de las clases medias que se originó en los viejos pueblos de Europa, tiene sus normas y crea sus propios valores, los cuales sólo se modifican pesadamente, al ritmo en que cambian los gustos y estilos de las épocas.

Entre nosotros los colombianos las costumbres de la burguesía criolla tienen distintos matices. En Bogotá, por ejemplo, es de muy buen recibo hacer comidas amenizadas por conjuntos, tríos, guitarristas y cantores de boleros, tangos o rancheras. En los pueblos de Macondo, en cambio, existen otras tradiciones. Allá empleamos los acordeonistas, los gaiteros, los decimeros y los cuenteros.

Alguna vez un distinguido momposino resolvió importar a la capital de la República la costumbre de amenizar las fiestas sociales con narradores de anécdotas propias de la región, a la manera un tanto fantasiosa de los juglares del medioevo.

Así pues las fiestas del anfitrión *macondino*, en su casa de Bogotá, las amenizaba un "echador de cuentos" de Mompós, llamado por allá el cuentero Pechoclaro, quien narraba entre sus historias una pelea que tuvo con su mujer, que duró varios meses y finalizó con un feliz desenlace.

Resulta que un día la esposa de Pechoclaro resolvió que no volvería a lavar los platos sucios y que esta tarea le correspondía a su marido, que no trabajaba en serio y sólo se la pasaba echando cuentos de fiesta en fiesta y de velorio en velorio.

Pechoclaro no aceptó, como era de esperarse, tamaña exigencia de su mujer y, por lo tanto, cuando los platos sucios se amontonaban hasta el techo de la cocina, los tiraba al patio de su casa y compraba vajilla nueva. Así aguantó la caña, hasta cuando sus ingresos se vieron reducidos por razón de las elecciones presidenciales, que trajeron como consecuencia la disminución de las fiestas locales y la austeridad en los velorios.

Entonces le propuso a su mujer un pacto: el que primero le hablara al otro se haría cargo de lavar los platos. Se hizo el trato, pasaban los días y los dos miembros de la familia Pechoclaro sólo se entendían por señas y mediante

silbidos, en los que imitaban a la perfección una conversación normal.

Con el correr del tiempo y cansado de este juego, Pechoclaro resolvió que "iba a morir de tristeza". Sin más dilación se tiró a la cama y empezó a palidecer, a no comer y a suspirar melancólicamente, ante la angustia de su conturbada esposa. Esta trataba por todos los medios de silbar mejor, hacer mímicas más expresivas y lanzar miradas que casi hablaban, para animar al enfermo marido. El hombre, inmovible, seguía palideciendo y muñéndose de tristeza en el lecho. Pero un día —transida de dolor y ante una muerte cercana— soltó la lengua y le dijo a su cónyuge:

—Mi querido Pechoclaro, ¿no es cierto que tú no te vas a morir para dejarme solita en este Mompós, tan lejano del cielo?

—¡No! —le contestó Pechoclaro, presto y agresivo—: Perdiste. Vete a lavar los platos.

VOLANTONAS SUELTAS

Por arriba corre el agua,
por debajo, piedrecitas;
conmigo son las bravezas
y con otro las visitas.

Morenita soy, señores;
yo no niego mi color,
entre rosas y azucenas
morenita es la mejor.

Mientras vivas de soltero
las muchachas te querrán;
después de tu compromiso
ni el buen día te darán.

De arriba de aquel cerrito
me tiraron un limón;
el limón cayó en el suelo
y el zumo en mi corazón.

Si dos lirios en el agua
no se pueden marchitar,
dos amigos que se quieren
no se pueden olvidar.

Comiendo se quita el hambre,
bebiendo se quita la sé. . .
durmiendo se quita el sueño
pero los celos. . . ¿con qué?

El amor y el interés
comen en un mismo plato;
el amor come una vez
el interés a cada rato.

Las flores y los amores
hay que saberlos cuidar,
la flor sin agua se muere
el amor sin besos se va.

La vergüenza es una flor
con las hojas encarnadas;
para que todos la vean
la puso Dios en la cara.

La mujer cuando es bonita
goce de su bonitura;
que también las rosas blancas
las botan a la basura.

EL JUEGO DEL MACONDO

En los últimos tiempos muchos compatriotas y gentes de otros lares inquieran cuál es realmente el significado de la palabra Macondo. Le preguntaron al cuentero Pechoclaro qué es, qué significa Macondo. El narró esta historia.

"El Macondo es un juego de azar que se encuentra en casi todas las fiestas patronales de los pueblos de la costa norte colombiana, ubicado siempre entre las fritangas de carimañolas y de arepas de huevo, al lado de la rueda del fandango, durante la noche; o circundando las corralejas, durante el día. El empresario del juego del Macondo es siempre un hombre de la región, cuyo oficio en las épocas muertas es el de peluquero, matarife, pescador o aguatero".

Después de un aire, Pechoclaro continuó diciendo:

"Los elementos que se requieren para poner el juego del Macondo son un cuadro de cartón o de tela o de hule, llamado el tapete, en el cual se dibujan figuras rústicas representativas de objetos, animales y leyendas de la región; un juego de cartas también muy rudimentario, en las que se dibujan las mismas figuras que están sobre la mesa, más una carta final, la que da la ventaja al empresario, la figura de la muerte; una mesa suficientemente grande como para colocar el tapete y disponer de un espacio pequeño, para mantener los dineros que respaldan las apuestas; un taburete de cuero para el empresario; un banco de madera para su mujer y un perro compañero; el capital, que fluctúa entre veinte y treinta pesos, y finalmente, buena voz e inventiva para versificar.

El juego del Macondo, que es una especie de lotería, consiste en que los apostadores apuntan a una cierta figura, entre las diez o doce que tiene el tapete, desde cinco centavos hasta una *caretona*, la moneda de medio peso, que es el máximo permitido, con la opción de ganarse entre ocho y diez veces el valor de la suma apostada si sale la carta con la figura escogida por el jugador, pero siempre y cuando no salga la muerte, porque entonces todos los jugadores pierden y el empresario se gana las apuestas limpias de polvo y paja".

Las expectativas de los oyentes eran muchas. Pechoclaro entonces explicó que: "El encanto del juego del Macondo reside más que todo en los versos sencillos y expresivos que canta el empresario en cada ronda, o sea cada vez que descubre una carta. A la bandera colombiana, motivo de orgullo patrio del

pueblo costeño, se le entona este verso de vieja data:

La bandera colombiana que derrotó a la peruana.

Cuando aparece la carta del puñal, el empresario, andariego y versificador, escoge frases de mucha significación en ese medio pacífico de la Costa, como ésta:

El puñal del cobarde para matar al valiente.

La figura del saurio, llena de leyendas como aquella en que se cuenta que en la población de El Plato se volvió un hombre caimán, es cantada así:

“Caimanes a la costa que la mar está serena”.

—De allá soy yo, de la Costa —dijo Pechoclaro con orgullo, para terminar su historia.

En el relato de un viaje que hizo el señor Humboldt a las selvas de la región, en 1801, dice que el Macondo es un árbol de tronco redondo, hasta de cuarenta metros de alto, de maravillosa madera para hacer canoas. “Sus frutos, membranosos y transparentes, parecen linternas suspendidas en la extremidad de las ramas”, afirma luego poéticamente.

Los magdalenenses aseguran que existió una gran hacienda llamada Macondo, en la cual vivieron muchos de los personajes legendarios que hoy hacen parte de novelas, consejas populares y canciones vallenatas.

Macondo es también el pueblo imaginario en donde se desarrolló la trama de la obra "Cien años de Soledad", de Gabriel García Márquez, novela mundialmente famosa, traducida a varios idiomas, premiada y galardonada, llena de angustias y de mensajes escondidos entre las líneas de una prosa ágil y moderna.

Macondo es pues todo eso, un juego de azar, un árbol corpulento, una hacienda casi legendaria, un pueblo imaginario lleno de fantasmagorías, un juego de esperanzas de las gentes pobres de los poblados pequeños de ese inmenso y alegre norte colombiano.

SATÍRICAS Y DE CULEBRAS

La culebra y la mujé
son nuestros dos enemigos;
nos asechan y nos matan
en la sombra y sin testigos.

En la casa de tu suegra
no vivas con tu mujé;
la suegra es la pior culebra
que en el mundo suele habé.

¿Cuál es el "pior" enemigo
que el hombre suele tené?
En el monte la culebra
y en la casa la mujé.

El amor que yo te tengo
no es amor, es caridá;
pues cuando nadie te quiere
es cuando te quiero má.

Una novia que yo tuve
todas las fallas tenía;
era fea, flaca y floja,
fullera, frágil y fría.

El pobrete que se casa
con una mujer decente,
es como la carne dura
para quien no tiene diente.

Si por pobre me desprecias
busca un rico comerciante;
yo, pobre, te doy poquito,
él, rico, te da bastante.

La joven que se enamora
y se casa con un viejo,
es como gata de rico
que se llena de pellejo.

Los guardias no van al cielo
porque tienen una maña;
quieren beber aguardiente
pero sin sembrar la caña.

El negro me hiede a grajo,
el indio hiede a mazato,
y el blanco, por ser blanco,
a berrenchín de verraco.

DIVORCIO ENCULEBRAO

Janet Cristine, así figuraba su nombre de pila en el libro de partidas de bautismo de la iglesia de la Sagrada Eucaristía de Bogotá, su ciudad natal. Ella es uno de los personajes claves en esta historia. Sus apellidos eran Salazar, por el padre, y Wolfgang, por la madre, alemana de origen. Ambos progenitores eran de muy alta alcurnia en la sociedad de la Capital de la República.

Jalil Elias Almonaser Hassir, tal como suena, eran los nombres y apellidos del otro personaje de esta narración. El había nacido en el Departamento de Córdoba, en la población de Zenuté. Su padre también era colombiano, parido en estas tierras y no porque hubiese adoptado nuestra ciudadanía. Su patria chica también era Zenuté. Sus abuelos paternos, en cambio, provenían de Arabia Saudita y del Líbano. Cristianos pero no apostólicos y romanos, porque obedecían a la jerarquía de los ortodoxos griegos.

En cuanto a lo del Hassir, el apellido de su madre, se trataba de una familia libanesa, que había vivido entre la nieve y el olor a los cedros verdes milenarios que se dan en las montañas de ese hermoso país. Los abuelos maternos de Jalil Elías nacieron en el villorrio de Zaghle, de donde emigraron con destino al Continente Americano, para hacer fortuna, cosa que nunca lograron. Se murieron siendo turcos pobres, como dicen en Zenuté. "Porque de que los hay los hay, como pasa con las brujas", sentenciaba Leovigildo, un capataz de campamento que conocía bien a la colonia de inmigrantes llegados de esas tierras lejanas.

Cuando Janet Cristine vino al mundo los padres de ella decidieron su futuro. Y así se cumplió su vida hasta el día en que comienza la historia que aquí se cuenta. Sus estudios de primaria los realizó en Bogotá, con institutriz de cabecera. Se trataba de una inglesa, con un buen manejo gramatical del francés pero con mucho acento en su pronunciación del español. Ella, la institutriz, mantenía siempre un delicado tono imperial, como de súbdito de su majestad que hace presencia cada vez que habla, tanto por lo que dice como por la forma británica como lo expresa y lo entona. Los ingleses siempre tienen acento en otro idioma. Y si no lo tienen, se lo inventan. Mucho fue lo que de ella aprendió Janet Cristine.

La delicada joven estudió el bachillerato en Suiza, donde su conocimiento del idioma francés mejoró bastante, lo mismo que su refinado gusto por el arte y la música, los cuales disfrutó en Roma, París y Londres. Finalmente se tituló en

Historia del Arte en una escuela de Oxford, en la Gran Bretaña.

Al final, sin embargo, las finanzas familiares se vieron resentidas por el gasto desmedido y la mala administración del patrimonio familiar que habían recibido sus padres, herederos que fueran de inmensas fortunas. Janet Cristine volvió pues graduada, aristocrática y, muy refinada pero terriblemente pobre.

Jalil Elias, por su parte, se convirtió en ingeniero civil egresado de la Universidad Nacional. Más tarde obtuvo su diploma de especialista en caminos y vías rurales, en la Universidad de la Florida. Aquí cerquita, como decían su papá, Josef Almonaser y su mamá Yalile Hassir.

Dada la mala situación económica familiar, Janet Cristine buscó trabajo. Las nuevas amistades la llevaron a conocer a Jalil Elias. El enamoramiento fue rápido, casi que a primera vista. El quedó prendado de tanta finura y exquisitez, por demás escasa en su tierra cordobesa. Ella, de su masculinidad y fortaleza de carácter. Admiraba en él esa curiosa mezcla de oriental y de sinuano. Jalil Elias, no obstante, era ordinario en sus modales, más locuaz de la cuenta, bailarín, gallero, *tomatrago* y demasiado directo al expresar sus opiniones.

Llegó por fin la hora de nuestra historia. Los dos protagonistas se casaron. Ese es un primer suceso. El segundo fue que a él lo nombraron Director de Carreteras y Caminos Vecinales en la zona de Córdoba, con sede en Zenuté, su pueblo natal. El cargo incluía una casa en el campamento del Ministerio de Obras Públicas, que quedaba en las afueras de la población.

Habían pasado unos meses. Ella esperaba su primer hijo, que se llamaría Jalil, por su padre y Hans por petición del abuelo alemán de Janet Cristine. Es decir que su nombre completo, con apellidos y todo, sería Jalil Hans Almonaser Salazar. Dado el machismo del padre se dio por sentado que el primogénito nacería hombre y que no había por qué ocuparse de otras opciones.

Las cosas, en tal ambiente y en dichas circunstancias, no eran nada fáciles para Janet Cristine. "Los avatares de la vida", se decía a sí misma, en una especie permanente de soliloquio triste y desencantado. "De Roma, París y Londres a cumplir los designios del demonio, porque así como esto debe ser el infierno para las mujeres".

Llegaron el invierno y las lluvias.

"Ayer matamos una culebra de agua, en el corredor de la casa de la doña", dijo Leovigildo, el capataz sentencioso. Se advertía en sus palabras la anotación indirecta de que ese ofidio no era peligroso, como sí lo eran las culebras mapaná.

Ella oyó, se asustó, tuvo rabia y lloró. "A más de las borracheras de Jalil Elias y de las mujeres, el juego y las peleas de gallo, ahora llegan las culebras", dijo en voz baja. Temía por su vida y por la del hijo que llevaba en las entrañas. Después, horas más tarde, mataron otra culebra, pero esta vez sí era una mapaná. El suceso aconteció en plena sala de su propia casa. Janet Cristine, entre aterrada y llena de ira, como era su naturaleza, decidió hablarle a Leovigildo, el anciano capataz, hombre cordial y respetuoso pero muy severo cuando se trataba de guardar las distancias entre los de su condición humilde y la alta clase, como la de sus jefes.

—Leovigildo —preguntó ella contundente—, ¿cómo es el asunto de las culebras en esta región?

—No se preocupe doña —contestó él, lento y *cantao*—, lo que pasa es que a las culebras sinuanas, como a los hombres de por aquí, les gustan las mujeres embarazadas. Pero no las pican por respeto a los *pelaitos* que llevan dentro de la barriga.

La última escena de esta historia es en una oficina de la curia, en Bogotá. Janet Cristine le dice al abogado canónico que desea separarse y que quiere el divorcio. Cuando éste le preguntó el porqué, ella contestó, presta y segura:

—¡Por las culebras mapaná!

NOSTALGIA DEL BIEN PERDIDO

Corazón, ¿por qué quisiste amar
a quien no te amó?
Que al fin y al cabo
la ingrata por otro te abandonó.

Adiós niña, que me voy;
me voy pero no te olvido:
si fuera para olvidarte
aquí no hubiera venido.

Conmigo tuviste amores,
¿para qué quieres negarlo?
Si esos pastos conversaran
ellos podrían probarlo.

Anoche un rayo de luna
a tu alcoba penetró;
hoy mi amor está de luto
pues contóme lo que vio.

Era linda Rosalía...
fue mi anhelo, mi ilusión...
mas sus padres por un burro
se la dieron al patrón.

¡Tanto como la quería!
de pronto me aborreció
y me dio ese mal pago
sin tener la culpa yo.

Sobre el árbol solitario
triste canta un "yacabó";
desde que tú me dejaste
más triste he quedado yo.

No lloren tus dos ojitos,
no lloren porque me voy;
que algún día he de volver
si Dios quiere y vivo estoy.

Amores tuve contigo
y jamás te los negué:
se me está partiendo el alma
al verte en otro podé.

¡Ay, qué tristes son mis noches!
¡Ay, qué tristes son mis días!
y qué amargos los tormentos
que pasa la vida mía.

ESO TAN BLANCO...

Muere la tarde. El sol empieza a caer y se hunde —rojizo y desfalleciente— en esa línea infinita que los ojos y el mar trazan conjuntamente en el horizonte, allá donde se dibuja una raya de color indefinible, entre verde y negro.

Don Pacho, el líder único de un pueblo de pescadores negros, mira el espectáculo, la desaparición del astro rey. Como lo ha hecho siempre, desde niño. A su lado, los amigos de la ciudad beben con él. Dicen las mismas "factedades" de siempre. Mienten y sueñan con aventuras machistas que nunca fueron realidad en la cama pero que siempre fueron verdad en la fantasía ingenua de quienes ahora son hombres envejecidos. Como el mismo don Pacho.

En la playa aparece la silueta de una bañista erguida, que camina garbosa y lentamente. Es del interior, de la montaña, cachaca. Todos la miran y ponen a funcionar sus sueños sobre un apetito sexual que, en la realidad, declina. El machismo y la virilidad de estos habladores de paja se envuelven en palabrotas que van y palabrotas que vienen.

Expresiones de hombría y carcajadas sonoras inundan el ambiente.

Don Pacho calla.

—Pero negro, ¿qué te pasa? —le pregunta Luis al viejo pescador. Luego lo increpa con ordinareiz agresiva: —¿No dices ni mierda sobre esa hembra?

Don Pacho se voltea lento, reflexivo, con ojos viejos pero de retina joven y exclama:

—Esa cachaca... Uh.. . Eso tan blanco.. . qué carajo... Eso no sabe a ná.

DEL AMOR Y DE LOS OJOS

Las horas que tiene el día
las he dividido así:
nueve soñando contigo
y quince pensando en ti.

Sobre el volcán de tu pecho
soñé que estaba dormido;
mas si mi sueño te ofende,
perdón, mi negra, te pido.

Si Bolívar con su espada
libertó cinco naciones,
tú, morena, con tus ojos
conquistas cien corazones.

¡Triste es la noche en el mar!
¡Triste es la noche sin luna!
Pero más triste es amar
sin esperanza ninguna.

Te quiero más que mis ojos,
más que mis ojos te quiero;
pero más quiero a mis ojos
porque mis ojos te vieron.

Eres chiquita y bonita,
eres como yo te quiero;
eres campana de plata
hecha del mejor platero.

Anoche soñé contigo
y en el sueño parecía
que tu boquita besaba
y en tus brazos me dormía.

Son estos cinco sentidos
los que puse pa' quererte;
y hasta en verso te lo digo
que soy tuyo hasta la muerte.

Mi madre me regañaba
porque amaba a una negra;
yo le dije suspirando:
¡Ay, madre, si usted la viera!

Lucero de la mañana
de la mañana lucero;
¿por qué no me despertaste
cuando se fue mi consuelo?

EL PROBLEMA DE LA NIÑA REBE

Las aguas del río Sinú bajaban tranquilas. Tibias. Se adivinaba como una especie de sopor peligroso. Eran las tres de la tarde. Reverberaba el sol. Las pupilas de las gentes estaban resentidas por la resolana y las mentes se hallaban reposadas. Curiosamente más que de costumbre.

Hermenegildo Pérez Macabé, también primo de José, el sastre de pantalones de dril, se mecía en la hamaca ancha que su mujer, la niña Rebeca Padrón Cabrales de Pérez Macabé, le había regalado. Hermenegildo era un vernáculo ejemplar, moreno de piel, mestizo de raza y *vagabundón* de nacimiento.

—¡Hermenegildo, para esa hamaca! —espetó ella de pronto, con voz fuerte, reseca y llena de acritud. Así estaban la garganta y los sentimientos heridos de doña Rebeca.

—Aja Rebe, ¿y qué te pasa? —dijo socarrón Hermenegildo, quien presentía tormenta. Ella siempre lo llamaba Herme, así, como suena, en diminutivo, cariñoso pero jamás zalamero.

—(Rebeca a Hermenegildo) Mira, es que por ahí, en el corral de la hacienda, los peones andan comentando que Petronila, la hija que el capataz tuvo con la negra Arminda, está preña.

Hermenegildo, con tranquilidad aparente, desenroscó su pierna derecha, empujó la hamaca y se mecía, buscando afanosamente el viento tibio de la tarde. Le contestó lento, cauteloso, cadencioso, pero picarón y resignado a las consecuencias.

—Rebe, *mija*, mi amor, si Petronila está preña, ese es problema de ella.

—¡ Yo no me llamo Rebe! —vociferó la mujer—. Mi nombre es Rebeca Padrón Cabrales, como suena. Y es así como yo quiero que me llames de ahora en adelante. ¿Me oíste, Hermenegildo Pérez Macabé?

—Sí Rebe, te oí —le contestó suavemente, fingiendo temor y desconcierto.

—Pues es que yo, Rebeca Padrón, yo sé que tú, fuiste tú, quien preñó a

Petronila. —Su vozarrón cayó como un rayo en medio del vendaval. Pero Hermenegildo era conocedor de huracanes con brisas fuertes y descargas eléctricas peligrosas.

—¡Ay Rebe! —le dijo con voz dulzarrona—, ese, ¡ese es problema mío!

La tarde pareció oscurecerse. El sol, asustado, se escondió encima de la única nube blanca que había rondando sobre el Río Sinú. Las brisas húmedas se secaron. Los ojos de ella se brotaron. La garganta se le reseco, aún más. Gritó y dijo:

—Yo me llamo Rebeca Padrón Cabrales. Más *ná*. ¿Me oíste, Hermenegildo Pérez Macabé? ¡Tú, además, ya no eres mi marido por indigno y por vagabundo!

—Sí Rebe, te oí —dijo él, presintiendo que habrían de llegar más truenos y centellas.

—¡ Es que yo no acepto ese ultraje porque un Macabé —canallescamente invocaba el humilde apellido materno de Hermenegildo—, un Macabé —recalcó con maldad—, no le falta al respeto a una Padrón Cabrales, como yo! ¿Cómo te atreves a dejar preñada a Petronila, la hija del negro ese, que no es más que un capataz? Pues te lo repito, ¡no lo acepto!

Hermenegildo sacó su pierna derecha y paró la hamaca. La miró y le dijo con indiferencia :

—Ese, Rebe, ¡ese es problema tuyo!

EL DESDÉN

Si mi amor no te acomoda
ni te causa maravilla,
zapatilla va joroba,
¡busca tu charco babilla!

Zapato que yo me quito
y lo tiro al muladar...
que otro venga y se lo ponga
ningún enojo me da.

Quítate de mi presencia
clara de huevo sin sal,
que te tengo aborrecida
como el pecado mortal.
Me quisiste y me olvidaste,
me volviste a querer;
hiciste como los perros,
vomita para come.

Ayer pasé por tu casa
y tú me viste pasar,
si mañana ya no paso
no te pongas a llorar.

Quedé solo por un día
te fuiste tan sólo ayer,
mas al término del día
ya tenía a quién querer.

Mañana me voy de aquí
antes que me digan vete;
si no encuentro la palanca
me voy con el canalete.

A los pies de aquel limón
donde el agua rezumía,
yo le di mi corazón
a quien no lo merecía.

Una, dos, tres, cuatro y cinco,
cinco veces me besaste;
una, dos, tres, cuatro y cinco,
cinco veces me engañaste.

Ayer me dijiste que hoy,
hoy me dices que mañana,
cuando me digas que sí
no podré ni tendré gana.

SANCOCHO DE PERRO

Por allá lejos, en las calenturientas y húmedas poblaciones del Cesar, en el corazón mismo de la tierra vallenata en donde los sucesos diarios —tristes o alegres— se vuelven canciones, corre una anécdota que sus narradores juran y re juran es histórica, de "*verdá verdá*".

La noche era de juerga. El hijo de la "niña Chava" había invitado a un grupo de amigos, entre ellos a un famoso compositor de paseos vallenatos, para celebrar una parranda que había de culminar con un sancocho de chivo. Iban a comerse uno de estos animalitos llegado de más adentro, de la Guajira.

Rayaba ya la medianoche y el trago que había corrido era lo bastante como para estar alegres y hambrientos. Alguien dijo entonces : —¿Por qué no matamos al chivo? Ese animal es de carne dura y hay que sacarle el almizcle.

Todos aceptaron y salieron al patio, garrote-: en mano, a matar al chivo para preparar el esperado sancocho. Y así lo hicieron, aun cuando a oscuras, porque la energía eléctrica local había fallado en esos mismos momentos.

Más tarde, al filo fresco y bajo el embrujo de la madrugada en esas tierras legendarias, los invitados se sentaron a manteles y se inició la merienda. Avanzada la cena, casi al final, el anfitrión oyó el gemido de un chivo. Venía le muy cerca. Del patio de su propia casa, de la casa de la "niña Chava". Se paró asustado, corrió hacia el extremo del extenso solar y vio nada menos que al chivo de marras, al mismísimo chivo que se estaban terminando de comer, en succulento y apetitoso sancocho.

Luego de comprobarlo con una rápida mirada que abarcó de un solo golpe todo el patio, que por ese entonces estaba bien iluminado, exclamó: ¡Qué vaina! Nos comimos al "Escape", el perro de la "niña Chava".

El Tiempo, junio, 1970

PICARESCA DE AMOR

Desde que la vi vení,
me lo dijo el corazón:
¡Ay, qué piedra tan bonita
para darse un tropezón!

Desde que la vi vení
con una flor por señuelo,
se lo dije sin tapujos:
yo me muerdo en ese anzuelo.

La mujer que se enamora
del vestido y no del hombre,
tiene malos pensamientos
porque el vestido se rompe.

Cuando la gallina canta
es que quiere poner huevo;
cuando la mujer suspira
es que tiene un amor nuevo.

Si sólo por un abrazo
me cobraste cuatro ríales
me salió caro el negocio
poniendo los materiales.

Anoche dormí con ella,
ni siquiera la besé;
por la mañana me dijo:
¡Ah pendejo que es usted!

Yo tengo una mala maña
que a mí mismo me da pena;
y es que me acuesto en mi cama
y amanezco en cama ajena.

Lloraba una triste viuda
la muerte de su marido
y en el llanto preguntaba
si el otro no había venido.

Mi madre me dio un consejo:
que yo fuera enamorado;
y a las muchachas bonitas
me les fuera de medio lado.

Bonito es comer con hambre,
bonito es beber con sé;
bonito es dormir sin sueño
con una linda mujer.

EL ABUELO DE MACABÉ

El sastre de pantalones de dril de Zenuté, José Macabé, era una especie de símbolo vernáculo que encarnaba la malicia de las gentes de su terruño, por esas épocas aún medio perdido en el centro del Departamento de Córdoba, sobre la ribera del Río Sinú. Sus amigos, los viejos contemporáneos de este juglar de la astucia y la picaresca, comentaban que esa característica "no la recogía del suelo". Se referían, como era sabido en el pueblo, al historial de su abuelo, aquel campesino otrora rico, andariego y mujeriego, llamado don Toribio Macabé. Hombre éste de muchas anécdotas y actor importante de numerosos trances de infidelidad y, además, poseedor de un gran sentido del humor y del *mamagallismo* que, de paso, valga la pena aclararlo, no son la misma cosa.

Al decir de José, su nieto predilecto, una vez —"cuando ya estaba *viejongo*"—, a raíz de una dolencia en la próstata, quizá por tanto usarla, fue llevado a Barranquilla, para que lo examinaran los médicos especialistas en esa ciudad. En la Arenosa, para ser más exactos, porque así llamaban todos a la gran urbe por sus calles polvorientas que llenaban de arena los ojos de sus gentes en la época de las brisas fuertes.

Pero allí don Toribio se aburría de manera inimaginable. Decía que le dolían hasta los huesos de la cabeza o el cascarón, como lo había bautizado socarronamente, para exagerar su condición de hombre de pocos estudios. La verdad era que le hacía falta cometer sus maldades y añoraba el mundo de los cuentos y los chismes de su pueblo, en donde era el rey de la narración de cosas que, verdad o mentira, contadas por un personaje como él llegaban a ser respetadas en su integridad.

Una prueba de su picardía fue que un día, al pasar por una lujosa peluquería, entró al local con un niño tomado de la mano y le dijo al más cercano maestro del corte de pelo: "Oye tú, ¿me motilas al *pelao*? Ahora vuelvo". El circunspecto profesional de la tijera procedió en tal sentido, de acuerdo con lo que le había pedido el venerable padre de familia. Al terminar su trabajo le preguntó al muchacho: "¿qué pasa con tu papá que no llega para que me pague el embellecimiento de tu sucia cabeza y de ese pelambre tan pegajoso que te quitó de encima?".

—¡Eche!, ¿cuál papá? —respingó el carajito—. Yo a ese señor no lo conozco. El me cogió de la mano y me dijo: "Mira tú, ¿quieres una motilada gratis?". Yo que no soy ningún pendejo le dije que sí y aquí estoy, ¡no joda!, bien limpio y *motilao*, *pa jodé* a los de la barra de Revolo.

Así era don Toribio. Mamador de gallo hasta con los peluqueros costeños, que ya es atreverse bastante.

Otra vez vio al dueño de la casa vecina de donde él estaba hospedado, arando el jardín y arrojando semillas para plantar matas de flores. "En Zenuté ese es oficio de mujeres", pensó. Luego, en voz alta, dijo: "Barranquillero marica. Vas a ver cómo es la vaina". Sin más ni más, por la noche entró al solar de marras, recogió cuidadosamente las semillas que el vecino había sembrado tan ordenadamente y arrojó, en cambio, granos de maíz fresco.

Ya repuesto de sus males, meses después, en compañía de sus amigotes, en el parque de Zenuté, se carcajaba con los relatos sobre la sorpresa que se había llevado ese "barranquillero marica", cuando la siembra germinó y nacieron matas de maíz en vez de palitos de rosas.

Pero ahí no paraban las andanzas de don Toribio. Además de mamador de gallo, era mujeriego y, como buen campesino costeño, algo primitivo y bastante pragmático. Ya veremos por qué.

El abuelo, contaba su nieto José, incursionaba también en tratativas amorosas frecuentes, como era la usanza en la región, para quienes tenían con qué "comprar" muchachitas vírgenes. El lo hacía frecuentemente. Vivía con ellas un tiempo, hasta cuando se aburría y las abandonaba, luego de darles un dinero para sus padres humildes, una casita con techo de paja —de palma dicen por allá—, un baúl de madera con su candado "Yale" y una cama de viento con buena lona y tijeras de madera de roble. Muchas veces, como era de esperarse, con un hijo natural, un Macabecito más, en sus entrañas.

Aun cuando el machismo radical, imperante en esas remotas épocas, hacía válidas estas costumbres, su esposa, doña María de los Milagros no aceptaba la descarada trashumancia marital de su consorte. Más de una vez se la cobró en distintas formas.

En una ocasión, cuando estaban sentados a manteles con los hijos, comiéndose un sancocho de gallina, con ñame, yuca, plátano verde y carne salada, doña María, para dejarlo en ridículo ante sus descendientes, le espetó un durísimo vainazo que hería íntimamente su vanidad masculina. Cosa grave en personaje de tal envidia, porta estandarte de la hombría de Zenuté.

—Toribio —le dijo ella con suavidad y socarronería—, ¿sabes que Juanchito, el *pelao* ese tan dicharachero que vive en la casa de al lado de Petronila, tu querida, la de Momil, se divierte con ella todos los días por la tarde, mientras tú estás en los potreros cuidándole las vacas que le regalaste?

Don Toribio, por esas calendas ya poco amigo de su esposa, con quien íntimas relaciones no tenía desde hacía muchos años, asimiló rápido el ataque de su mujer. Giró hacia ella lentamente, moviendo el asiento, la miró de frente, con cinismo y un poco de indiferencia, y para despreciarla la fulminó con una de esas salidas que su sarcasmo aún le permitía concebir con la velocidad del rayo:

—¡ Mira, María de los Milagros, tú sabes que yo siempre he pensado que es mejor comerse un pudín a medias y compartido que tragarse entero un panderero seco, viejo y arrugado!

Cuando José Macabé narra las anécdotas de su abuelo se pone trascendental y admite que sus amigos tienen razón porque "lo que se hereda no se hurta". Pero, de pronto, también se pone melancólico al recordar las últimas picardías del abuelo, en los tiempos en que ya vivía solo, sin la compañía de su fallecida esposa. "Viudo, vejete y sin queridas", como susurraban todos los que lo habían conocido desde antes en el pueblo, ahora rastrillaba el suelo con su paso lento y pesado y se resignaba a renunciar a muchas cosas pero jamás a su sorna campesina, que aún conservaba intacta.

Cuentan que al final, cuando salía del *escusao*, después de orinar sin fuerza —cosa que lo ponía de mal humor— burlándose de sí mismo murmuraba en voz baja: "carajo, ya no hago espuma con los *míaos*". Luego se olvidaba de abotonarse la bragueta por lo que su sirvienta de siempre, la vieja Mercedes de los Santos de San Andrés de Sotavento, le recriminaba con expresiones como: "don Toribio, ¡ciérrese eso!". El la miraba quedo, con fastidio y cansancio, y le reprochaba la intromisión usando frasecitas pendejas.

En cierta ocasión, quizá en la última de sus mamaderas de gallo, le disparó una de esas expresiones que los hombres del campo usan con sencillez y

sabiduría: "No *mija*, ¿pa qué? A pájaro muerto, jaula abierta".

Tenía 81 años cuando un conjunto de achaques lo llevó a la tumba. Pero, como todo en su vida, el entierro fue un acontecimiento social, religioso, familiar y económico. Don Toribio, que había heredado muchas tierras, las fue vendiendo para tener plata con qué "comprar" sus muchachitas. Firmó más de ochenta escrituras para deslindar pedazos de sus haciendas. Dato verosímil porque en más de cincuenta años tuvo alrededor de cien queridas.

El cajón lo pagaron algunos de sus hijos naturales. La curia no cobró los oficios porque el cura se negó a que lo llevaran a la iglesia. Las velas las regalaron dos de sus hijos legítimos, que eran dueños de un ventorrillo. La sábana blanca en la que lo envolvieron fue adquirida con el producto de una recolecta entre sus contertulios. No hubo que contratar plañideras porque las queridas lo lloraron gratis.

Durante el novenario las gentes se amanecieron las nueve noches, tomando café tinto y fumando cigarrillo Pielroja, para narrar la vida y obra del muerto y de otros personajes contadores de cuentos, bailadores de fandango, chismosos de profesión y mujeriegos empedernidos.

Un difunto como él debía hacer el tránsito hacia la eternidad bien vestido. Por eso le pusieron su traje de lino blanco, a manera de liqui-liqui, con saco abotonado hasta el cuello, cierre recto en la parte delantera, mangas largas y caída suelta hasta la cadera. Los pantalones eran anchos, agarrados a la cintura con botones, sin cinturón. En los pies calzaba abarcas de tres punta, de cuero blanco, traídas de Chinú. Lucía maduro, fresco y con cara de satisfacción. Al fin de cuentas, había disfrutado de la vida con autenticidad, sarcasmo, humor, mamadera de gallo y un centenar de queridas.

En su tumba se inscribió un epitafio escrito por el amado nieto José, que reza:

*"Aquí yacen el abuelo Toribio y su paloma,
la más usada en la historia de Zenuté".*

WILLIAM RAMÓN FADUL VERGARA

El autor de este libro de cantos, narraciones y cuentos de la picaresca costeña del Caribe colombiano nació en Sahagún, departamento de Córdoba, pero vivió luego, entre los cinco y los catorce años, en Cereté, en la ribera de un afluente al del río Sinú. Allí tuvo los amigos de la infancia y otros muy especiales, entre ellos el viejo sastre de pantalones de dril, don José Macabé, como él lo llama en sus escritos.

Por sus venas corre sangre árabe o, tal vez fenicia, porque sus abuelos paternos llegaron a Chinú, Córdoba, a finales del siglo pasado, provenientes del Líbano. Por el lado materno sus abuelos eran raizales, de las Sabanas de Bolívar, auténticos y sin influencias foráneas.

Todo ello, como es apenas obvio, en ambos casos tenía su propio bagaje de cultura familiar, formación religiosa, características raciales y comportamientos machistas, al lado de conjuntos de valores bien diferentes; unos arraigados en el centro de la Costa y otros venidos del medio oriente. Por ello es útil comentar el entorno de la época para ubicarnos en el contexto histórico en que se desenvuelven parte de las historias narradas por él, en la obra que hoy presentamos.

Su padre, don José Domingo Fadul Luis, lector infatigable, librero de oficio, lo indujo a devorar, una y otra vez, obras de Víctor Hugo, Emilio Zolá, Fedor Dostoievski, Confucio y Jalil Gibran. Además, claro está, lo encaminó a repasar mucho de lo que se escribía sobre Colombia, la revolución rusa, la guerra civil española y la Segunda Guerra Mundial, entre otros temas.

También su padre le sembró la afición por la tarea de escribir. Su madre, doña Isabel Vergara —la niña Chavita, le decían cariñosamente— era un ejemplar vernáculo de la región, abierta, crítica, comunicadora y espontánea.

Estudió sus primeros años en la escuelita de don Rafael Milanés, en Cereté. Pasó después a matricularse en el Colegio Departamental de Bachillerato, el CODEBA, de Cartagena de Indias. Allí estuvo varios años rodeado de murallas, bodegones, anécdotas de la zona, música caribeña y ritmos locales, la poesía negra de Jorge Artel, la colonia sirio-libanesa con su cultura propia y sus

habilidades para los negocios y en fin, impregnándose de todo aquello que la "mundología" cartagenera lleva por dentro.

Luego ingresó a la Universidad de Antioquia. En 1949 se matriculó en la Facultad de Ingeniería Química. En esa época se mezcló con la bohemia del Medellín de entonces, ensayó escribir algunas cosas e hizo amigos y compañeros de andanzas en ese mundillo. Fueron años en los cuales combinó las apetencias del espíritu con lo técnico, como lo hacían muchos jóvenes antioqueños.

Nuestras costumbres ancestrales y las ideas paisas influyeron en él y formaron parte de sus querencias. Se aprendió algunos bambucos, cantó tangos y declamó poesías de Jorge Montoya Toro, su amigo en esa otra faceta de la vida.

Claro que la ingeniería química y su estudio adquirieron un trozo de las preocupaciones que complementan el acervo de su preparación personal y profesional.

Terminada la carrera de Ingeniero Químico, trabajó en Bogotá, en Cabarría Ltda. Después estuvo un largo rato estudiando en los Estados Unidos, país al cual admira por su democracia, empuje y evolución tecnológica. De regreso a Colombia, en el año 1957, laboró para Acerías Paz del Río, en Belencito, Boyacá, y luego en el recién fundado SENA.

En 1959 vivió tres meses en Florencia, Italia, estudiando lengua y cultura italianas. A continuación residió un año en París, período que le marcó para siempre un gran cariño por Francia.

De vuelta a Colombia se casó con Yolanda Morales Falla, en 1962. De esa unión nacieron tres hijas —María Isabel, Natalia y Yolanda María— que hoy por hoy son profesionales del derecho, la enfermería y la administración. También ellas heredaron ese afán andariego, que las ha llevado a vivir en Europa, Canadá y los Estados Unidos.

Durante el trienio entre 1968 y 1971, con otros jóvenes costeños, lideró el Grupo Macondo, movimiento político juvenil bipartidista, que emulaba con el de La Pintada, en Antioquia. En esa época produjo muchísimos ensayos, artículos, editoriales y notas en revistas y periódicos como El Tiempo, El Espectador, La República y El Siglo.

La lista de los oficios ejercidos en el último período es una mezcla heterogénea que se refleja en el hecho de haber sido profesional independiente, empresario, ejecutivo de empresas privadas, funcionario público y dirigente gremial de los seguros en Colombia y en el ámbito latinoamericano.

Fue consultor de empresas, realizador de seminarios en INCOLDA; asesor de la Presidencia de Avianca; Director de INRAVISION y de ADPOSTAL; Viceministro de Minas y Energía; constructor de vivienda; Presidente Ejecutivo de Fasecolda desde 1976 y, desde hace tres años, Presidente de la Federación Interamericana de Empresas de Seguros, FIDES. También ha pertenecido a muchas Juntas Directivas de empresas privadas y de entidades públicas.

El ex-presidente de la república, Virgilio Barco, lo nombró Ministro de Comunicaciones al conformar el primer gabinete de su gobierno pero, por razones políticas propias de su partido, el conservador, no llegó a posesionarse. Hubo, claro está, otras tentaciones burocráticas pero los seguros, con la red nacional e internacional de amigos que tiene en esta especie de familia universal, lo ataron.

Como dirigente gremial ha concurrido a múltiples eventos y ha producido variados ensayos sobre economía, gerencia y seguros, los cuales ha presentado en Colombia y en diversas ciudades del continente americano, Europa y países tan lejanos como Egipto y Siria.

Ahora, con avidez que él mismo califica de afán tardío, lo cogió la angustia de recoger, en alguna forma, parte de esa producción. Este libro es una muestra de ello, aun cuando confiesa que anda trabajando en otros dos.

Bogotá, 1992